CAPITULO III

LOS COMITADJIS

A la mañana siguiente el grupo de jinetes continuó su marcha hacia el Sudeste.

—Me parece que nos estamos alejando del ejército—dijo Rouletabille.

—Le he dado mi palabra de honor que nos hallaremos ante él, en el momento oportuno—replicó Atanasio.

—¿Y Gaulow?—preguntó Ivana con voz gutural.

—También le encontraremos, Ivana... mis jinetes se han separado de mi para realizar una buena labor... ¡Cuando tengan informes seguros de Kara-Selim ya me los transmitirán, tranquilícese usted.

Ivana pegó a su caballo y se adelantó al grupo sin contestar.

Atanasio tan pronto va a vanguardia como a retaguardia. Parecía más sombrío y preocupado que nunca.

De pronto la atención de Rouletabille fué atraida por una figura que no había visto hasta entonces. Aquel nuevo personaje debió reunirse a los muleteros en las primeras horas del día. Era un

anciano que sorprendía por cierto aire de majestad aunque iba cubierto de andrajos y caminaba con la cabeza inclinada como sumido en un sueño.

Rouletabille se aproximó a Atanasio.

—¿Quién es?—le preguntó.

—El tio Cirilo, célebre por sus infortunios.

—Tiene, en efecto, el aspecto de un desgraciado—dijo Rouletabille.

—Ahora ya no. La alegría le invade... Ha podido escapar de las prisiones de Anatolia y ha regresado al país, que no había vuelto a ver desde la guerra de la Independencia.

—¿Y por qué viene con nosotros?

—Porque—replicó Atanasio misteriosamente—. Porque tiene sus razones para venir conmigo.

Sin detenerse en el efecto causado por sus últimas palabras, continuó:

—Ese es un verdadero hombre... Bien alto se puede proclamar. He aquí un hombre que ha visto mucho mundo en su juventud; ha vivido en Besarabia, en Odesa, en Galaz, en Bucarest, en una palabra: en el extranjero, y que regresa a su patria al comprender para lo que el hombre ha nacido, esto es: para la libertad. Trabajó antaño con Levisky en la organización de un comité revolucionario y para ser más dueño de sus actos, mató a su mujer que se oponía a su actuación patriótica. En fin, conoció a mi padre, que también era uno de aquellos hombres...

—Debía hacerle montar en una de nuestras mulas...

—No, las mulas van muy cargadas, y, por otra parte, ya hemos llegado.

—¿Dónde?

Atanasio contestó con singular acento:

—A un lugar que le interesará y que le dará motivo para un hermoso artículo... ¿No ha venido usted para eso?...

Como desembocaban en un claro, junto a un sombrío bosque de pinos, Atanasio detuvo con un gesto a los muleteros.

Y he aquí lo que Rouletabille vió:

El tío Cirilo había caído de hinojos ante una aldea que se divisaba en el fondo, a través de la arboleda. ¡Con qué emoción parecía volver a ver, después de tantos años de prisiones turcas, aquella aglomeración de míseras casuchas de basamento en piedra amarillenta, de bardales embadurnados de cal, de techos formando terrazas! Un poco más lejos, había un mísero puente de madera lanzado a través de un torrente. De pronto, arrancándose de aquella contemplación, se levantó al divisar a un anciano, encorvado, como él, por los años, y que ascendía penosamente la pendiente con un fusil a la espalda.

—¡Iván!—exclamó.

Al oir aquella voz, el otro, se aproximó con cautela. No reconocía a quien le llamaba; pero Cirilo se nombró y ambos ancianos se abrazaron estrechamente.

—Ese—dijo Atanasio—es Iván el Carretero, que también conoció a mi padre. Y dió detalles sobre Iván con gran volubilidad y evidente júbilo.

La característica de Atanasio, que Rouletabille comenzaba a penetrar, residía en una contínua oposición entre una hipocresía que le venía de su prolongado oficio de espía, y una franqueza repentina, en la que se manifestaban, claramente, los sentimientos hasta entonces más ocultos.

A continuación conversó Atanasio en voz baja con los dos viejos, quienes después de saludar a los viajeros, desaparecieron trás los negros troncos de la selva requemada. Atanasio dejó trans-

30437
UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEX.

currir algunos minutos, pasados los cuales, dijo a los jóvenes:

—Síganme ahora en silencio y yo les aseguro, que si palpitan en sus pechos corazones de hombre, no perderán su tiempo.

La singularidad de las expresiones de Atanasio, junto con la extraña luz que brillaba en sus ojos y en su frente, habían sorprendido al reporter.

—¿Qué querrá decir? Nunca le vimos así—decía La Candeur un poco inquieto.

—Diríase un apóstol—opinó Rouletabille.

—Pues a mí no me gustan los apóstoles—replicó el otro.

—Apuesto que vamos a ver algo divertido—dijo Vladimir.

Ivana permanecía silenciosa.

Sigueron a Atanasio hasta lo más espeso del bosques, alejándose a la izquierda de la aldea, que, por intervalos, se divisaba a los pies del ribazo.

Llegados que fueron a una especie de barranco, Atanasio hizo alto, ordenando a todos que permanecieran callados e inmóviles. No esperaron mucho tiempo. Aparecieron primero unos seis cazadores búlgaros que parecían equipados para caza mayor. En su centro hallábase un joven de arreboladas mejillas que parecía muy tímido y entre cuyas manos habían puesto una bandera bordada con palabras eslavas que significaban: «¡La Libertad o la muerte!»

Uno de los cazadores, luego de hablar con Atanasio, subió a una roca y silbó de cierta manera. Todos guardaron entonces un profundo silencio, hasta que apareció de entre las malezas un pope. Todos se inclinaron ante él, quien, después de considerar unos instantes a Rouletabille y a sus amigos, les sonrió mostrando una dentadura deslumbradoramente blanca. De la cintura de aquel pope pendían un crucifijo, dos enormes pistolas y una magnifica cimatarra que databan, por lo menos, del sultán Selim. Llamábase Goio. Vladimir traducía las palabras cambiadas, de las que se desprendían que se había extendido una gran alegría al saber la noticia de que los ejércitos habían atravesado la frontera. Entre los comitadjis, hablábase también de un cierto Dotchov, cuyo nombre parecía poner los cerebros en ebullición; como también de cierto «prado de los cerdos» cuyos términos: *svinartka lenke*, repetíanse en las conversaciones como un *leit-motiv*.

El grupo engrosaba incesantemente; llegaban búlgaros de todas partes; diríase que surgían de la tierra o que caían de los árboles.

El pope Goio, se agitaba entre ellos, y para mejor hacerse entender, enarbolaba con una mano el cricifijo y una pistola con la otra.

El buen eclesiástico, tenía una manera especial de catequizar a sus fieles. Preguntábale al joven abanderado que era un neófito:

—¿A cuantos turcos tienes intención de matar? ¿Cuántos cartuchos has fabricado? Si bajan de trescientos, te quedas sin comunión. ¿Has engrasado bien tus armas, amasado y preparado muchas galletas?»

Y como reían a su alrededor, declaró volviéndose hacia el grupo:

—«¡Así confieso desde hace dos meses!»

—Cuando franqueemos la Tracia, te nombraremos exarca—exclamó el carretero.

—Ya hay uno en Constantinopla—replicó—Dos soles no pueden existir simultáneamente ¡pero que el diablo se lleve a quien me hizo pope!

Dijo, y sacando del bolsillo un pedazo de tela blanca, lo suspendió a su cuello a guisa de alza-

cuello; empuñó el sable del sultán Selim, con una mano, alzó el Cristo con la otra, púsose una pistola bajo el brazo y explicó al neófito con voz tonante, la santidad del juramento. Juró el neófito, juraron los demás y gritaron:

—¡Por fin será vengada la sangre vertida en Tracia!

Después de esto, Atanasio, pronunció unas palabras que obtuvieron un clamoroso éxito y terminó dicendo:

—¡Vamos al prado de los cerdos!

Todos repitieron:

—¡Vamos al prado de los cerdos!

Toda la banda se puso en movimiento agitando las armas. Tan solo Atanasio, que iba el último, afectaba gran recogimiento.

—¿A qué comedia vamos a asistir?—preguntábase Rouletabille.

Ivana seguía los acontecimientos, simulando indiferencia, mientras Vladimir repetía:

—Vais a ver que divertido va a ser.

La Candeur sujetaba prudentemente a su caballo de las bridas, pues los caminos que conducían al «prado de los cerdos» eran infernales. Por fin llegaron aquél famoso prado. Estaba éste bastante alejado de la aldea y situado en un lugar lúgubre y salvaje, dominado por abruptas colinas. Un torrente dejaba oir su malévola canción, entre una doble hilera de árboles, situados encima del río, y que inclinados unos sobre otros, parecían contarse espantosas historias, haciéndolos extremecer. Había allí un puente, que todos atravesaron en silencio, deteniéndose en la otra orilla, bajo los árboles.

—Acamparemos aquí—dijo Atanasio a Rouletabille—pues tengo que solventar un asunto en este lugar.

—¿Qué asunto, y por qué nos acompañan todas esas gentes?

Por que quieren ofrecernos la cena, y regocijarse con nosotros por la buena tarea que se prepara.

Y volviéndose hacia los demás, gritó con exaltación y en lengua búlgara:

—¡Mirad! ¡Ahí vienen las mujeres que acuden con los corderos, y los porqueros con los cerdos... He ahí también, al dueño del prado de los cerdos, al llamado Dotchov en persona, que es, a fé mía, como podeis ver, un anciano respetable. Uno más de los que vieron la guerra de la Independencia y que conocieron a mí excelente padre.

Dotchov va acompañado de su buen amigo Iván el Carretero. Juntos combatieron antaño, y se preparan ahora para combatir juntos en nuevas batallas, pueden, pues, regocijarse entre nosotros!... ¡Avanzad... Avanzad... Avanzad, venerables ancianos!...

Vladimir, al traducir el discurso búlgaro de Atanasio, no dejaba de repetir a Rouletabille:

—¿Qué es lo que prepara?

—Con seguridad, que no será una cosa corriente. El más loco parece Atanasio...

—Mire, mire que amable está con ese vijo Dotchov, a quien coloca en el centro, en sitio de honor y a quien, sin embargo, parece como si quisiera aniquilar con la mirada de sus ojos.

Mientras tanto había encendidó fuego, preparando los corderos a la *hiedouk*, esto es, enteros, con su piel, metiéndolos en hoyos calientes como hornos. Las mujeres venidas de la aldea, iniciaron el baile *choro*, al son de la *gaida*.

—Ya ves, viejo camarada, que alegres estamos —decía Iván el Carretero a Dotchov, el cual, si-

tuado en el centro del grupo, sentado a la turca, parecía presidir la fiesta.

—¿Porqué no matan mis cerdos? —dijo Dotchov.

—Los hice traer por mis porqueros para que haya abundancia en la fiesta.

—No quiere Atanasio—contestó Iván el Carretero.

—Le he preguntado el motivo y me ha contestado que no los encontraba bastante cebados, para una fiesta como esta...

—¿Pero de qué fiesta se trata?—preguntó Dotchov.

—Pregunta, pregúntaselo a Atanasio...

Interrogado este, contestó:

—Ya se te dirá cuando lleguemos al *raki*.

—¿Pero antes no nos vas a contar una historia de los tiempos en que con mi padre, fabricábais cañones con madera de cerezo?

—Sí, sí—dijo Dotchov.—¡Ah! los hicimos de todas clases. Fabricábamos cañones con lo que podíamos, e ibamos a cantar por las aldeas: «*¡De pié, de pié, héroe del Balkán!*»... Tú padre cantaba muy bien...

—¡Y a mi madre le gustaba la sopa de coles; pero los cerdos preferían las orejas de mi padre!

—¡Claro! ¡Claro!—aprobó Dotchov turbado, a causa de la manera furiosa con que Atanasio había dicho aquello. Claro, es una gran desgracia que los cerdos se hayan comido las orejas de tu padre!... Pero tú no debías mirarme así. Ya sabes que nada podía hacer por impedirlo... Y, después de todo—añadió Dotchov, moviendo su venerable cabeza de anciano y elevando los brazos al cielo—yo no se por qué se me vuelve a hablar de ese asunto. ¡Bastante me ha quitado el sueño... ¡Ni por qué Iván

el Carretero me ha atraído hasta aquí, ni por qué me sentáis frente al puente del prado de los cerdos!... ¡Todo esto nada tiene de grato para quien ha sufrido lo que yo! Bien podíais dejarme morir tranquilo, sin recordarme todo esto; bastante sufrí con la muerte de tu padre... Pregúntaselo, si no, a Iván el Carretero... Le lloré durante días y días, y mucho fué lo que les dije a los bachibouzouks!...

—¡Basta! Seamos razonables y comamos!...

—Vamos a comer—dijo Atanasio—; pero esperaremos aún a un convidado.

—¿A quién?

—Mira allá, ese que avanza hacía el puente...

—Es un viejo mendigo que no es de esta región...

—Sí... sí... Tú le conoces: pero viene de tan lejos... De tan lejos... Afortunadamente le hallé en el camino, sin lo cual, le hubiera sido imposible hallar el suyo... Y le he invitado a cenar, persuadido de que ningún encuentro te sería más agradable, viejo Dotchov...

—¡Por la Virgen Santa! Que no le reconozco... ¡Díle que se aproxime!

Atanasio va en busca del viejo mendigo y le conduce de la mano hasta el viejo puente del prado de los cerdos.

Seguramente, que desde el fondo de las cárceles de Anatolia, no podía el viejo mendigo soñar en volver a ver aquel puente memorable, construído con dos tablas y una traviesa carcomida.

Atanasio conduce, pues, de la mano al viejo andrajoso ante el amable y venerado Dotchov, quien guiñó los ojos.

—¡No; no le reconozco!...

—¿No conoces al buen Cirilo, célebre por sus desgracias?

Dotchov, al oír aquellas palabras, se levantó terriblemente pálido; sin embargo, tuvo bastante energía para estrechar contra su corazón al andrajoso, con la alegría de un padre que recobra a su hijo.

—¡Loado sea Dios, Cirilo, ya que te vuelvo a hablar!... ¡Se te creía muerto! ¡Te he llorado mucho tiempo, fiel compañero de mi juventud!...

Dotchov se volvió a sentar; pues sus débiles piernas no tienen bastante fuerza para sostenerle después de una tal emoción.

—Pero ¡habla, habla!—dijo a Cirilo.—Cuéntanos tu historia. ¿También conseguiste escapar a los bachi-bouzouks? Creí que te habían fusilado aquel maldito día...

—¿Ha llegado el momento de hablar?—preguntó Cirilo a Atanasio.

—Después del cordero—contestó Atanasio; ordenando a reglón seguido que lo sirvieran.

El pope Goio, cortó con la cimatarra del sultán un gran pedazo, que devoró después de hacer un signo de cruz ortodoxo. Dotchov ha dejado sitio a su lado a Cirilo, y ambos despedazan con sus dedos la sabrosa vianda, cambiándose veinte anécdotas del tiempo en que se ocultaban en los grandes bosques del Balkán y del Istrand-ja, para escapar a los bachi-bouzouks.

Finalmente hubo una distribución de raki, las muchachas que bailaban el *choro* se detuvieron; callose la gaida...

—¡Ha llegado el momento, ha llegado el momento!—dijo Vladimir, empujando a Rouletabille a la primera fila...

Rouletabille estaba sorprendido.

—Estos búlgaros parecen estar en su propia casa...

—¿En dónde están las autoridades turcas? ¿Es que no las temen?

—No — replicó rápidamente Vladimir — las autoridades han muerto. Ayer mataron al kouet y a cinco rapties. Ahora están en su propia casa, entre ellos y dispuestos todos: hombres, mujeres y niños, a ganar la montaña. Esta noche, antes de abandonar la aldea, deben incendiarla para ahorrar ese trabajo a los turcos... Por lo menos, eso he comprendido, pues he querido averiguar por qué están tan alegres... Pero ¡escucha, escucha! ahora es cuando empieza el asunto de Atanasio... ¡Oh! ¡Mírale!...

En efecto; Atanasio, que de pie tras el pope, miraba al viejo Dotchov, daba miedo... ¡Ah! era una hermosa cabeza de fiera hambrienta y que vigila su presa...

Formose un círculo en torno a Cirilo, que iba a referir un hecho de la guerra de la Independencia y que previamente se limpiaba el bigote y engullía el último bocado.

—Recordarás, Dotchov—dijo Cirilo—que una espantosa tormenta estalló durante la noche en la montaña, y que el viento penetró en la choza en donde nos habíamos refugiado Iván el Carretero, el padre de Atanasio y yo, huyendo de los bachi-bouzouks, después de la dispersión de los comidatjis.

Aquel viento penetró con violencia tal por el agujero que daba salida al humo, que el hogar fué destrozado, desparramada la lumbre y la choza incendiada. Fué pues necesario abandonarla y pasar la noche bajo la lluvia y el granizo; pasada la noche, vinieron a nuestro encuentro tres pastores que nos hallaron cobijados bajo un álamo blanco. Luego de calentarnos y procurarnos alimentos, nos invitaron a refugiarnos en otra caba-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

ña, en la que hallaríamos hospitalidad. Recordarás que seguimos el lecho del torrente, y que el agua fría nos hacía tiritar... ¡Recuerdas!... ¿Recuerdas?

—Como si fuera ayer—dijo el otro viejo meneando la cabeza y estremeciéndose como si aún estuviera en el agua—... Allí fué donde caí en un hoyo de truchas y estuve a punto de ahogarme...

—Justamente; pero no pudimos seguir siempre el lecho del torrente, por cuya causa las huellas de nuestros pasos nos denunciaron a los bachibouziuks... Y esto muy claramente.

—¡Con toda claridad! es lo que siempre he dicho...

—Más lejos nos encontramos con un oso...

Sí, sí... El oso... Recuerdo el oso.

—Buscaba huevos de hormigas, y se sorprendió al vernos.

—Lo recuerdo bien... Completamente sorprendido.

—¡Ah! ¡Ah!—gritó Iván el Carretero, acercándose—¡El oso! le lancé un bastón entre las piernas y cayó en la trampa... ¡Como comprenderás, no podíamos disparar sobre él!

—Por fin llegamos a la choza... El pastor Neia nos había acompañado... Recuerda... Recuerda Dotchov...

—Sí, sí ¡Neia! ¡El pastor Neia! Con frecuencia hemos hablado de él Iván y yo. ¡Pobre Neia!

—Es digno de lástima... Cerca de la choza, Neia, se clavó una espina en el pie; no hay que olvidar esto...

—Sí... Sí...

—Incluso recuerdo que me dijo, que no tenía suerte... Que los turcos le habían apaleado más de veinticinco veces, que más de cinco le hicieron arrodillarse para decapitarle... Y que le habían

despojado quince veces de todo lo que poseía; pero su mayor tormento era el haber ido tan poco a la iglesia... Y el padre de Atanasio le dijo entonces: «Consuélate, después de una vida como la tuya, eres digno de que te canonicen por martir y santo...» Y él contestó: «Sobre todo, con esta espina clavada en mi pie...» Recuerdas, Dotchov, lo que pasó a causa de aquella espina?

—A fé mía, no, Cirilo...

—¡Pues bien! es necesario que recuerdes... A causa de ella, Neia, no pudo ir en busca de provisiones a la aldea, y ¿quién se arriesgó a ello? ¿Fuiste tú, Dotchov?

—¡Naturalmente! Era necesario que alguien se sacrificara.

—¡Claro! ¡Y ese alguien no podía ser el padre de Atanasio cuya cabeza estaba pregonada en 10.000 piastras!...

—Recuerdo; traje leche, pan y tabaco.

—Y estabas muy alegre, y te pusiste a cantar mientras fumabas tu chibouk porque, según tú, el peligro había pasado y eras portador de buenas noticias; las bandas de bachi-bouxouks habían abandonado las montañas y la ruta estaba libre hacia el Noroeste; que Servia entraba en campaña y Rusia acudía. En una palabra, todo nos favorecía... ¡Sólo que era necesario reunirme con los combatientes. A la mañana siguiente, partimos con alegre paso dejando al pastor en la cabaña, sin sospechar nada.

—Cierto, fué Neia quien nos traicionó; pero le maté con mis propias manos en cuanto se me presentó ocasión—dijo Dotchov.

—En efecto; Dotchov, se debe matar a los traidores... Nos pusimos, pues, en marcha. A la cabeza, como siempre, iba el padre de Atanasio que era todo un valiente, seguían en orden, Iván

el Carretero, yo, Cirilo y tú, Dotchov. Ibas tú el último, pero eras tú quien nos indicabas el camino que debíamos seguir. Así fué como llegamos al prado de los cerdos, del que nos separaba un torrente... Entonces tú, le gritaste a Atanasio, padre de este Atanasio: «¡Es necesario que vayamos del otro lado si queremos evitar el encuentro con los bachi-bouzouks. Hay que atravesar la pasarela!» ¿Es cierto? ¡Esta pasarela del prado de los porqueros! es verdad, Dotchov?

—¡Naturalmente, que es verdad!... Iván está ahí que puede decirlo al igual que tú... Yo he dado siempre buenos consejos...

—La pasarela parecía nueva, estaba construída con dos vigas y una traviesa; nos metimos por ella; pero inmediatamente cedió bajo nuestros pasos y tú, que ibas el último, pudiste fácilmente salvarte y huiste enseguida con desenfrenada carrera, refugiándote trás un grueso tronco que había a alguna distancia.

—Exacto; huí porque disparaban sobre nosotros... ¿Es cierto?

—Verdad es... Apenas pusimos los pies sobre esa pasarela, partieron de un bosque vecino más de veinte disparos de fusil... La orden de fuego fué dada en lengua turca. Afortunadamente, los bachi-bouzouks, no hicieron blanco. Iván consiguió escaparse, yo me deslicé en las frías aguas, las balas siguieron silbando. ¿Qué había sido de Atanasio? No podía darme cuenta de ello. Conseguí salir del agua y deslizarme en una espesura. Jamás tuve tanto miedo. Me creí salvado, y recé; pero veinticuatro horas más tarde, era capturado por los bachi-bouzouks. ¿Qué hacías tú, entretanto, Dotchov, qué hacías tú?

—Me soterré como un conejo—contestó sin turbación aparente el anciano—en el hoyo de una gruta, en donde me hallaba tan bien como en una taberna valaca; pero desde donde ¡ay! asistí a la muerte del pobre Atanasio. Esto es el mayor dolor de mi vida...

—Murió como voy a contaros; juro por San Jorge y los Santos, que fué tal y como os lo voy a relatar: Atanasio, que había caído al torrente, consiguió también salir de él, sin ser visto por los bachi-bouzouks y trepó a una gran encina que se hallaba ante mí...

Todos los presentes señalaron a la otra orilla, diciendo:

—¡Esa encina, esa encina!

—Como veis—reanudó el buen Dotchov—el arbol es muy alto. Atanasio, bien escondido, podía esperar el momento propicio para su fuga. Los bachi-bouzouks, furiosos, batían el parque de los cerdos, el campo, el bosque, el barranco... La desgracia quiso que en uno de ellos volviera con su perro y que ese perro se dirigiera al arbol. El perro se puso enseguida a ladrar. Los bachi-bouzouks, levantaron la cabeza y vieron a Atanasio. Dispararon sobre él como si fuera una corneja y bien pronto cayó Atanasio, yéndose a estrellar al pie del arbol. La desgracia quiso, aún que pasara en aquel momento uno de los porqueros con dos cerdos. Los bachi-bouzouks le cortaron las orejas a Atanasio y dieron una a devorar a cada cerdo... Y como la noche se echaba encima, los bachi-bouzouks se alejaron después de despojar al cadáver.

Yo me deslicé hasta los restos de mi amigo y lo enterré como pude, removiendo la tierra con mi bayoneta. ¡Así murió Atanasio, padre del Atanasio que está aquí!

—¡Dotchov, Dotchov—dijo la voz grave y profunda del mendigo Cirilo—todo lo que acabas de

contar es rigurosamente exacto, pues también yo vi como pasaron las cosas!

—¿Pues adónde estabas tú?

—¡Estaba en el arbol con Atanasio!

Dotchov, se levantó a medias sobre los cojines, como movido por una fuerza interior que le impulsara hacía Cirilo, del cual no podía separar sus miradas. Sus temblorosos labios intentaron emitir algunas palabras; pero los que le rodeaban sólo pudieron oir un soplo ronco, parecido al que precede al estertor agónico.

En el mismo instante, el pope, que se hallaba detrás de él, le empujó, haciéndole sentar de nuevo; después, poniendo una de sus manos sobre la cabeza del lamentable viejo, dijo:

—¡Estamos en los brazos de la muerte! La muerte es como el pescador, que, habiendo aprisionado en su red a un pececillo, lo deja por algunos instantes en el agua. El pececillo sigue nadando; pero la red del pescador le aprisionará cuando le plazca...

—Continúa, Cirilo—dijo la fría voz de Atanasio.

—Sí. Yo estaba en el mismo arbol que se refugió Atanasio, dijo Cirilo. Como él, había yo conseguido esconderme en las ramas de la encina; pero nadie lo supo, y cuando Atanasio cayó, me dejaron tranquilo, pudiendo así ver y oir sin peligro alguno. Y he aquí lo que ví y oí: Dotchov, salió de su escondite y se reunió a los bachi bouzouks que le llamaban. Dotchov les reprochó el haber dado las orejas de Atanasio padre de este Atanasio, a comer a los cerdos. Los otros riéronse y le preguntaron: «*Dinos, viejo bribón, cuando les dijiste que tomaran el camino de la pasarela, ¿nada sospecharon esos simples del comité?*»

»Y Dotchov contesto: «*Absolutamente nada. Estaban tan contentos que me hubieran seguido hasta el fin del mundo...*»

Al oir estas palabras de Cirilo, la multitud, que rodeaba a Dotchov, lanzó palabras de muerte contra él, y al ver éste que todo estaba perdido, cayó de rodillas escondiendo el rostro entre sus manos.

El pope exclamo

—¡Toda la montaña tiene ojos y oídos para los traidores; pero los traidores ya no tendrán ni ojos, ni oídos!...

—De la encina a la pasarela maldita—continuó Cirilo—había unos cien pasos. Oí todo lo que se dijo. Felicitaban a Dotchov por haber construído aquella pasarela para atraer al *apóstol* al lazo en que debía sucumbir. Dotchov es un traidor que nos ha vendido sin pudor a nuestros más crueles enemigos, los enemigos de los comités. He vuelto desde el fondo de las prisiones de Anatolia, para decir ésto a todos y para decírselo a él. ¡Dotchov, ruega al alma de San Jorge, para que te perdone!

Dotchov apartó entonces las manos de su rostro y Rouletabille pudo ver que estaba inundado de lágrimas de arrepentimiento.

—¡Jorge, perdóname—imploró Dotchov—Pide a Dios por mi alma negra!—Al decir esto, besaba la cruz que le tendía el pope y golpeaba el suelo con su frente. Ya no temblaba; su rostro se había serenado.

—Durante largos años he sido un hombre perdido; no podía dormir. Ahora me parece haber confesado y comulgado. Golpeadme si queréis, matadme, lo he merecido...

—Si quieres un sable, tómalo—dijo el pope a Atanasio—yo sujetaré la cabeza de este hombre mientras tú le cortas las orejas.

—No tengo necesidad de tu sable, reverendo

padre—contestó Atanasio—. Los cerdos se comerán las orejas de Dotchov «vivas».

—Muy bien hijo mío, comprendido—repuso el pope—. No está mal lo que has pensado.

Pero también Dotchov había comprendido y lanzaba gritos desesperados y se golpeaba el pecho diciendo que merecía la muerte, pero no un suplicio semejante.

—¡Jamás!—aseguraba, poniendo por testigos a San Jorge y Santa Sofía.—¡Jamás hubiera librado a los fugitivos de los bachi-bouzouks, si no me hubieran atormentado, poniéndome los pies al fuego vivo, lo que me había obligado a prometer todo; pero con la muerte en el alma! ¡La confesión —añadió—ha librado mi alma del pecado, tengo derecho a morir en paz!

Fué inútil cuanto dijo, inútiles sus esfuerzos; Iván el Carretero por un lado, y Cirilo el mendigo por otro, se las arreglaron también, que uno de los cerdos a quien hicieron aproximar, pudo asirle una oreja y con un gruñido espantoso, arrancarla, después de cerrar sobre ella sus horribles mandíbulas. Dotchov aullaba, como se debe aullar en el infierno y Atanasio, impasible, miraba.

En cuanto Rouletabille y La Candeur, habían huído espantados ante aquella escena de salvajismo; pero fueron casi inmediatamente detenidos en su carrera por inesperados clamores.

Era ya noche cerrada, y al resplandor de las hogueras, vieron unas sombras que corrían enloquecidas en torno al torrente. Comprendieron que Dotchov, aprovechando las tinieblas y gracias a un supremo esfuerzo, había escapado de sus verdugos, logrando refugiarse, como los *comités* de antaño, en el barranco.

Entonces se aproximaron para ver lo que iba a ser de aquel desgraciado viejo.

Dotchov parecía haber ganado alguna delantera, y en los confines del campo, en las entrañas de la noche, los búlgaros llamábanse a gritos; dábanse rápidas indicaciones, jadeantes, mezcladas con disparos de fusil que hacían centellear las aguas del torrente.

Al resplandor de un disparo, Rouletabille reconoció a Vladimir que parecía uno de los más encarnizados perseguidores, al lado de Atanasio.

—¡Ah! ¡Es más búlgaro que ellos!—exclamó horrorizado.

—¡Ya te decía, Rouletabille, que jamás comprenderíamos a esas gentes y que mejor haríamos en regresar a París!...

De pronto, pareció que los búlgaros habían hallado la pista de Dotchov... El campo se quedó vacío; hombres, mujeres, niños, todos se precipitaron en dirección a la aldea, disparando siempre sus fusiles, como en una alegre fiesta.

Efectivamente; habían hallado la pista de Dotchov a la entrada de la aldea, donde aquel tenía su casa, en la que se atrincheró, llamando en su ayuda a sus servidores. Vano y último esfuerzo... Atanasio penetró en la casa, de la que habían huído los criados, y al resplandor de una gran hoguera encendida en la plaza, pudieron ver los reporters como arrastraban al ensangrentado viejo hasta una ventana. Dotchov, cuyo rostro ya no era más que una informe masa sangrienta, elevó sus brazos al cielo en demanda de perdón; pero Atanasio le levantó la tapa de los sesos con un gran revolver, lanzando luego por la ventana sus restos a la multitud, que acabó de despedazarle. (1)

(1) Los comités no son siempre tan implacables en sus venganzas. En una circunstancia parecida. Zacarías Stoianov, que debía llegar a presidir la Soberanía, perdonó a un antiguo compañero ante su arrepentimiento (N. del A.)